

“En España nos faltan proyección y concordia”

Memorias. Gregorio Marañón cose su vida a los últimos episodios nacionales en ‘Memorias de luz y niebla’

‘MEMORIAS DE LUZ Y NIEBLA’, de Gregorio Marañón y Bertrán de Lis (Galaxia Gutenberg), no es el libro que parece ser. No es un relato burgués, amable, como sugiere el retrato al óleo de su autor que ocupa la portada y como se parece intuir en sus primeras 30 páginas. Por ahí aparecen abuelos que son caballeros impecables, grandes pisos en Madrid y casas en el campo que son como países de las maravillas. Sin embargo, el libro se convierte pronto en otra cosa, en un relato de la España moderna que toca casi todos los grandes temas: los colegios, los periódicos,

Por Luis Alemany MADRID

los bancos, los divorcios, los partidos políticos, las instituciones culturales, la corrupción...

La conclusión es sencilla: «En la España de 2020 nos falta proyección. Hemos llegado a un clima político en el que se ignora lo durísima y lo dolorosa que ha sido la Historia de España antes de la Transición. Y, como nos falta proyección, nos falta concordia. Para eso sirve este libro, para reivindicar una cultura del consenso y del pacto», explica Marañón.

Algunos datos: Gregorio Marañón Bertrán de Lis nació en 1942, descendiente de científicos, diputados, aristócratas, periodistas, santas y mercaderes valencianos. Quien más pesaba en la familia era el abuelo del que tomó su nombre, que en esa época vivía en el exilio. El doctor Marañón había sido un perfecto representante de la Tercera España, admirado por españoles pero malquerido por las dos Españas. Su hijo se quedó en Madrid. Fue un abogado que trató de insertarse entre las élites del régimen. En parte lo logró y, en parte, no: una leve sensación de desclasamiento cayó sobre la familia.

«Yo no he sido consciente de esa extrañeza. Nadie me reprochó nunca nada de mi abuelo, al contrario. Y la idea de la Tercera España me es muy atractiva pero ya me quedó lejos. Es una idea propia de la República y de la Guerra y yo crecí en una época en la que el dilema era dictadura o democracia y en la que empezaba a haber un tímido diálogo entre las dos orillas. Nadie quería matar a nadie por sus ideas. Bueno, sí, el Gobierno fusilaba de vez en cuando, pero eran actos obviamente extemporáneos», afirma Marañón.

Los hijos de la victoria llegaron con Marañón a una universidad que aún era una especie de club de caballeros y salieron de ellas como militantes clandestinos del PCE, el FLP y, con menos frecuencia, del PSOE. Marañón, en cambio, eligió un antifranquismo no revolucionario, de raíz cristiana, a veces socialdemócrata y a veces liberal.

¿Por qué no radicalizarse? «Mis primeros amigos militaban en el FLP. De ellos, sólo me lo confesó José María Maravall. Estoy convencido de que si me hubieran invitado me habría incorporado. El PCE me inspiraba recelos como demócrata. Así que mi llegada a la democracia cristiana de izquierdas fue un proceso de exclusión, aunque... Si mira el programa de la época, estábamos muy a la izquierda del PSOE actual. Y cualquier clandestinidad contra la dictadura era en aquel momento radical».

Marañón acabó Derecho sin un gran amor por el oficio de abogado. Se fue a hacer prácticas a Nueva York y, a la vuelta, se ganó un puesto en el Banco Urquijo, que describe como el más moderno, el mejor gestionado y el más generoso con la sociedad de los que trabajaban en España. Pero no el más grande. Una buena parte de las memorias de Marañón hablan de cómo el núcleo duro del Urquijo trató de salvar el banco de los intereses de su aliado/accionista/enemigo, el Banco Hispano Americano.

Pese a ello, el relato de la vida profesional de Marañón transmite más bien una idea de normalidad. Hay personajes que merecen mal juicio, pero abundan más los buenos profesionales con un sentido moral de su

trabajo. En realidad, ese es el tema más interesante de su libro: el retrato por dentro de lo que se ha llamado en los últimos años «el mundo de las élites» y que ha sido señalado como el origen de nuestros males. ¿Existe tal cosa? ¿Está intoxicada de una cultura de la rapiña heredada de la dictadura, como se dice? «Busque en los consejos de administración de las empresas españolas. Busque entre los abogados del Estado. Básicamente encontrará a personas de clase media. Alguna dinastía familiar hay, pero no muchas.

Afortunadamente, España cuenta hoy con una estructura social moderna, en la que predomina una clase media permeable. Es lo contrario de una casta. Intentar deslegitimar globalmente a quienes ejercen las responsabilidades sociales es el reflejo de un populismo no deseable», explica Marañón.

Cuando el autor dejó el Urquijo, su vida

“Son pocos los que otorgan a la cultura la consideración estratégica de la que goza en Francia”

“Deslegitimar a los que ejercen responsabilidades sociales es el reflejo de un populismo no deseable”

“La democracia cristiana de izquierdas de la Transición estaba más a la izquierda que el PSOE actual”

profesional se diversificó: trabajó de abogado, de consejero en mil empresas, de mediador en las relaciones entre España e Israel, de gestor cultural... De todas esas actividades, la más interesante es su implicación en los años de más éxito de El País. Marañón había sido el primer banquero de Prisa y se convirtió después en uno de sus consejeros más duraderos y más implicados.

El otro gran retrato institucional de *Memorias de luz y niebla* es el del Teatro Real, que

Marañón preside desde hace 13 años. Antes, el autor había sido patrono fundador y había asistido a años de fracasos, mediocridad, pequeñas corrupciones e injerencias políticas en la ópera de Madrid. En su plan de rescate del Real apareció por Madrid el personaje más fascinante del libro: Gerard Mortier. Arrogante, enternecedor, brillante, autodestructivo, solitario, frágil, genial, cariñoso y temerario... Todo eso fue Mortier. «Era el hijo de unos panaderos de Gante. Había ido a los jesuitas y tenía ese afán polemista... Lo único que no sabía hacer en la vida era evitar una polémica. Ante la contrariedad, en vez de intentar seducir, retaba. Y retaba en un idioma que no dominaba, de modo que cada vez era más áspero. Luego, si llegabas a su intimidad, veías a un hombre que sufría. Pese a todo, el impulso de Mortier es el que convirtió al Real en una de las óperas de referencia en el mundo».

No está claro cuál fue el último gran intento de injerencia en el Real. ¿La sucesión de Mortier? ¿La frustrada fusión con el Teatro de la Zarzuela? «Aún hoy, tras más de cuatro décadas de democracia, son pocos los que consideran que la cultura tiene esa consideración estratégica que se le reconoce, por ejemplo, en Francia o Alemania. Porque la cultura es identitaria y ofrece ese espacio de reflexión, a la vez utópico y crítico, necesario para el progreso. Además, genera empleo y riqueza. En cualquier caso, la profesionalización de su gestión no sólo no tiene vuelta atrás, sino que aún tiene camino por recorrer. La implantación de códigos de buenas prácticas fue un hito decisivo, pero insuficiente».

